

## A LA MEMORIA DEL DR. MARCOS ROJKIND MATLUK

Nicolás y yo entramos temerosos a su oficina, teníamos la certeza de que la ira del Dr. Marcos Rodjkind caería sobre nosotros en una forma peor que la espada de Damocles. Las leyendas en el Departamento de Bioquímica y en general en todo el Centro de Investigación y Estudios Avanzados (Cinvestav) hablaban de alumnos expulsados, regañados y alguna historia, creíamos inverosímil, mencionaban que en ese laboratorio se castigaba por lo menos de una manera similar a la Inquisición, pero con un poco más de imaginación.

El Dr. Marcos Rodjkind Matluk nació en la Ciudad de México el 29 de julio de 1935, trabajó en el Departamento de Bioquímica del Cinvestav durante 10 años, manteniendo activa la materia de estructura y función de proteínas siempre con gran exigencia y con notable interés para otras instituciones. Falleció recientemente siendo catedrático de Bioquímica, Biología Molecular y Patología en el Universidad George Washington, USA. Siempre fue un investigador de primer nivel y una persona gentil, humana y con gran sentido de la responsabilidad y el trabajo en equipo.

Nosotros teníamos dos semanas trabajando con el Dr. Rodjkind en un curso teórico-práctico de la Maestría en Bioquímica, ya habíamos sacrificado más ratas de las que muchos estudiantes han visto en toda su vida y ese día por un imperdonable error dejamos la última rata en la cámara de éter, donde se sacrificaban los animales de experimentación en esos tiempos; evidentemente la rata llena de sangre, con las vísceras expuestas, sin hígado y lo peor, dentro de la cámara desde el sábado y hasta el lunes a las 12 del día, hora en la que un alumno de doctorado, cuyo nombre no quiero recordar ahora, abrió la cámara; lo que le provocó toda una serie de sensaciones nauseabundas inimaginables y otras que no intentaré describir.

El área de investigación en la que más se enfocó el Dr. Rodjkind fueron los mecanismos moleculares en los que el alcohol y sus metabolitos inducen la fibrosis y la cirrosis hepática, la interacción célula-célula y célula-matriz, el desarrollo de sistemas de co-cultivo para sustentar la diferenciación y la supervivencia de hepatocitos, así como el papel de las lamininas de la superficie celular en la adhesión de los tumores, la invasión y la metástasis y la hepato-toxicidad de medicamentos.

Cuando entramos al laboratorio, curiosamente hoy mi laboratorio, en el Departamento de Bioquímica, todos los estudiantes parecían alinearse en

doble fila, unos riendo burlescamente y haciendo comentarios de despedida, otros contentos y deseosos de vernos desollados y expuestos en alguna esquina del Departamento y sólo uno o dos de ellos con expresión de lástima y sólo pude distinguir a uno con expresión de compasión: Así eran de competitivos los estudiantes de ese momento de ese laboratorio; me dicen que eso ya no pasa en estos tiempos en casi ningún laboratorio del mundo.

El Dr. Rodjkind graduó y formó a numerosos estudiantes, más de 80, con títulos de grado, de posgrado, de pos-doctorado y múltiples profesores asociados en México, Estados Unidos, Italia, Japón y Bélgica. Publicó más de 250 manuscritos en revistas científicas y libros de la especialidad, tanto locales como internacionales. Además de contar con varias patentes tecnológicas y metodológicas. Los profesionales formados por el Dr. Rodjkind son líderes en Institutos que se encuentran en diversos estados de la República Mexicana y el extranjero.

Cuando entramos a su oficina, el Dr. Rodjkind se encontraba absorto escribiendo a una velocidad extrema en una computadora de última generación, en un banquito que aun conservo, y en la esquina que da a los jardines del Cinvestav, donde seguramente tantas ideas y trabajos se generaron. Los minutos que pasaron antes de que nos atendiera fueron eternos por lo que traté de concentrarme en recordar al gran profesor que nos mostró ser cuando nos impartió su cátedra de estructura y función de proteínas; durante ese curso no solo nos enseñó, sino nos formó en diversos aspectos del estudio de proteínas que en ese entonces tenía su "boom" y del cual se iba de sorpresa en sorpresa casi todos los días. El Dr. Rodjkind no tenía reparo en mantenernos por más de 6 horas revisando los últimos artículos con un espíritu crítico de primera y con una visión de futuro absolutamente envidiable; nosotros disfrutábamos su clase, y a pesar de varias horas, nos manteníamos embobados con tal cantidad de información bioquímica y sus implicaciones y aplicación directa en la fisiología y la patología.

En aquellos tiempos no era difícil ver a las 11 de la noche a múltiples estudiantes de licenciatura, maestría o doctorado de varios laboratorios trabajando, estudiando o discutiendo; mística y entrega que se ha reducido notable y lamentablemente por múltiples razones, pero que en aquellos tiempos no asombraba a nadie ver en la noche de cualquier día al Dr. Rodjkind, trabajando en la ultracentrífuga

que tenía nombre propio o en el viejo espectrofotómetro que tantos hallazgos había ayudado a realizar y que seguía funcionando fielmente.

La tentación de hacerle señas de cuestionamiento o de incertidumbre a Nicolás para saber que pasaba las diluí tratando de ver otras cosas de la oficina, oficina que se encontraba impecablemente ordenada, con cientos de artículos en sus cajas, etiquetadas minuciosamente por fecha, área del conocimiento y nombre de la revista. El escritorio austero, muy ordenado y los cristales llenos de fotos de sus alumnos, de su familia y de eventos académicos sobresalientes; en todas las fotos el Dr. Rojkind estaba sonriendo, con un rostro franco, tranquilo y lleno de una chispa de emoción. Yo trataba de convencerme que alguien así no podría torturarme a condiciones extremas.

Los que trataron y trabajaron con el Dr. Marcos Rojkind lo recuerdan como un caballero, gentil y amable, firme, decidido y empeñoso pero bondadoso, exigente y perfeccionista pero generoso. Yo lamento no haberlo conocido mas y no poderme considerar su amigo.

Finalmente mi observación de la oficina terminó irremediablemente en el cuadro que se encontraba justo arriba del sitio donde el Dr. Rojkind trabajaba en su computadora, una fotografía sencilla, no muy grande, en blanco y negro, la foto de Albert Einstein, colocada como una imagen inspiradora, claro que lo característico y curioso no es que alguien tenga algún héroe inspirador y menos criticable es que sea un genio como Einstein, lo que hace memorable el hecho es el absoluto y contundente parecido físico que tenía el Dr. Marcos Rojkind con Einstein. Todos los alumnos de la época apostábamos que diariamente diseñaba su imagen para parecerse cada vez mas a esa foto que exponía con orgullo en su oficina. No sabemos si lo que pensábamos era una idolatría del Dr. Rojkind por Einstein lo que lo llevó a cambiar su adscripción al Instituto Albert Einstein de New York, sitio donde se jubiló después de un trabajo arduo y múltiples logros, pero de lo que si estamos seguros es de que en el Cinvestav y en general en país perdimos a un gran investigador, lo cual lamentamos aun ahora.

Cuando Nicolás y Yo pensamos que la situación no podría estar peor y que el cataclismo acontecería en cualquier momento, entró a la oficina el Dr. Jorge Cerbón, sin tocar y sin solicitar acceso de ninguna forma, como después comprobé es su costumbre, sobre todo con sus amigos; nosotros, claro, no tuvimos duda, nuestro castigo sería ejemplar y con seguridad corrían peligro nuestras vidas.

El Dr. Rojkind, saludó al Dr. Cerbón con un gesto afectuoso y nosotros creímos adivinar su complicidad; lentamente volteó pausada y firmemente

a vernos a través de una gafas pequeñas, las de lectura, lo que le obligaba a vernos por encima de los lentes, lo cual hacia su expresión mas amenazadora. Sorpresivamente y con gran entusiasmo el Dr. Rojkind nos dijo con voz firme y contundente –¡Chicos, me parecen bien los resultados preliminares que obtuvieron, ¿se dieron cuenta? ¿Qué les parece ese efecto de la silimarina combinada con colchicina sobre el daño hepático inducido por la exposición aguda de las ratas al tetracloruro de carbono?!-. Nos dejó mas helados que si hubiera sacado los instrumentos inquisitorios de tortura que imaginábamos, no dábamos crédito y pensamos que era la forma de acercarnos al área de sacrificio, como para que no gritáramos mucho o no ensangrentáramos mucho el sitio donde moriríamos. Volteamos a ver al Dr. Cerbón atónitos, como esperando su alusión a la falta y al castigo, nuestro desconcierto era absoluto.

Afortunadamente el Dr. Cerbón nos ignoró y solo trató de revisar algunos elementos relacionados con el curriculum vitae del Dr. Rojkind que por supuesto era impresionante, pero aun aclarados los puntos permaneció ahí, nos volteó a ver como diciendo –¿a qué hora se van estos infrahumanos?-. Yo pensé que si nos corría nos salvaría del trance en el que nos sentíamos, hasta agradecí su expresión de ¡como estorban! Meses después, el Dr. Cerbón aceptaría ser mi director de tesis.

El Dr. Rojkind sin pensar más que en los resultados que veía en su computadora se levantó de su banquito y expresó: Imaginen si el paciente es tratado con silimarina y colchicina, debo hablar con el Dr. Kersenobich para iniciar tratamientos en los pacientes con cirrosis, además uno o dos estudiantes de maestría deberán reproducir esos datos ya con el enfoque de biología molecular y algún estudiante de doctorado deberá estudiar qué pasa con la colágena y seguir los estudios al respecto. Todo ello ante nuestro asombro y sin que nosotros entendiéramos nada del asunto.

En mi opinión, por supuesto modesta, así era el Dr. Rojkind, se lanzaba y se arriesgaba a buscar una aplicación inmediata a una idea molecular, sin duda en opinión de muchos el iniciador de una biomedicina molecular y la bioquímica médica, en opinión de otros.

Cada vez más trabajos ahora indican que la colchicina y la silimarina actúan como antioxidantes además de su acción proteómica, genética y epigenética y posiblemente en un futuro le darán la razón al Dr. Rojkind, del efecto protector para evitar la evolución de la cirrosis, objetivo que por supuesto agradecemos los que consumimos alcohol. Sin embargo el Dr. Rojkind murió con esa deuda, no nos pudo ofrecer una protección o una cura, aún así sin

duda sentó las bases para su abordaje y resolución futura, mismas que yo espero fervientemente que no deben pasar por la recomendación de dejar de consumir alcohol.

Después de divagar un poco sobre mil mecanismos posibles para explicar los efectos que los experimentos preeliminares habían arrojado, el Dr. Rojkind nos dijo – por cierto, tengan más cuidado en el manejo de las animales, ya me avisaron que dejaron uno muerto en la cámara del éter, que no vuelva a pasar, no hagan vomitar a la gente, hombre-. Se sonrió como un cómplice, nos dio una palmada en el hombro y nos invitó a salir para seguir haciendo planes con su gran amigo, el Dr. Cerbón.

Salimos directo al pasillo y segundos después varios del laboratorio nos visitaron en el salón de estudiantes, nosotros no mencionamos lo que a nuestro parecer fue una leve reprimenda, por supuesto ellos esperaban un castigo fenomenal que se quedó en la leyenda de un profesor excepcional con una alta exigencia, el cual comprobamos que tenía un sentido humano y que sus objetivos científicos y su experiencia, le permitían superar los errores inocentes de sus alumnos.

El Dr. Rojkind castigaría nuestro error de la rata putrefacta en la cámara de éter posteriormente y es que con los resultados del curso teórico-práctico nos invitó al Congreso Internacional de Hepatología en Cocoyoc, Morelos, donde él fue Presidente, ese era el nivel de su generosidad. Aunque finalmente nos castigó, porque tuvimos una intoxicación por toxinas de estafilococo en la crema de un postre que resultó de marcas mundiales, donde un buen porcentaje de los asistentes internacionales. Como estaría la cosa, que hasta los estudiantes de maestría, acostumbrados a comer en la cafetería del Cinvestav o en peores lugares, nos enfermamos de una forma épica, como creo que nunca me ha sucedido. No puedo dejar de recordar al Dr. Rojkind, con su notable caballerosidad, preocupado por la gente y con la camisa arremangada atendiendo como or-

ganizador, como médico y como ser humano a sus invitados nacionales y de todo el mundo, como un profesional y como un amigo dedicado de corazón y espíritu, muy por encima de su natural necesidad de reconocimiento.

Antes de la intoxicación masiva en la fastuosa y curiosa entero- y hepato- patológica cena de clausura, es imposible dejar de recordar su orgullo y satisfacción cuando extraoficialmente el Dr. Pérez Tamayo anunció en el pleno del Congreso que nuestro Dr. Rojkind sería a quién el Gobierno de la República Mexicana nombraría como el Premio Nacional de Ciencias del año 1985, máximo reconocimiento que otorga nuestro país a las ciencias y artes. Premio que se agregó a múltiples reconocimientos, como el otorgado por la Academia Nacional de Ciencias en 1972.

Poco después, el Dr. Rojkind decidió emigrar a los Estados Unidos de América, siempre lamentamos su decisión aun entendiendo sus necesidades, inquietudes y proyectos.

El Dr. Rojkind dejó a sus alumnos una huella imborrable de trabajo y entrega y nos enseñó la orientación biomédica de la bioquímica, que ahora pretendemos continuar discreta pero continuamente; fue un convencido de la necesidad de aplicar el conocimiento molecular a los fenómenos fisiológicos y patológicos. Nunca desestimó la investigación básica como camino para encontrar soluciones a eventos clínicos o soluciones terapéuticas con estrictas orientaciones moleculares, es decir nunca pensó en la ciencia básica y la aplicada como entidades separadas.

Dr. Rojkind, gracias por sus enseñanzas y su entrega, el Departamento de Bioquímica siempre será su Departamento, el Cinvestav su Centro de Investigación y México su País.

José Víctor Calderón Salinas  
Departamento de Bioquímica, Cinvestav